

LA LECTOFOBIA: UN PROBLEMA ESCOLAR Y SOCIAL. UN RETO PARA LA UNIVERSIDAD

Dr. Eduardo J. Zuleta R.

Discurso de Apertura pronunciado por el Dr. Eduardo J. Zuleta R., con motivo de la VIII Feria Universitaria del Libro (del 13 al 17 de Julio de 2010) en homenaje al Maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa.

Señoras y señores:

Sin ningún ápice de duda, estimo una altísima distinción personal el que se me haya invitado a dar la “Conferencia de Apertura” de la VIII Feria Universitaria del Libro, dentro del programa de celebración de los 38 años de la fundación de nuestro Núcleo Universitario “Rafael Rangel”, como Extensión de la Universidad de Los Andes en el Estado Trujillo, y como justo homenaje al Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa, al “eminente Maestro de América”, según apreciación de uno de sus más conspicuo biógrafo y analista de su obra, el poeta Efraín Subero.

Mis primeras palabras son, antes de nada, para saludar de la manera más deferente a las autoridades universitarias centrales y locales de la ULA presentes junto a las del Poder Público Civil, Militar y Religioso y del Sector Privado; a los organizadores del magno evento desde pronto en desarrollo; a los invitados especiales; a las delegaciones de las Casas Editoriales nacionales e internacionales que nos visitan; a los profesores, estudiantes, empleados y obreros de nuestra institución educativa y de otras; a los representantes de los medios de comunicación social, así como al selecto público en general. A todos, pues, el saludo más afectuoso como gesto de bienvenida también a la máxima Casa de Estudios de Formación Superior del Estado Trujillo, que es vuestra casa, y que se enorgullece con el honor de recibirlos a todos en igualdad de consideraciones y respeto, en esta nueva oportunidad que durante cinco días será una auténtica fiesta para el espíritu.

Deseo de igual forma alcanzar a resaltar el deber de hacer público mi más hondo y sentido agradecimiento a los profesores Luis Javier Hernández Carmona y Pedro Rivera Chávez , por haber sido quienes con argumentos persuasivos dieron lugar a que aceptara la invitación, y he querido ser consecuente con ellos al tratar de cumplir dentro de las expectativas posibles con la misión delegada con la presentación de la siguiente Conferencia Inaugural que he puesto bajo el título: **La Lectofobia: un problema escolar y social. Un reto para la universidad.**

Sin dejar de tener en cuenta el moderado tiempo que dispongo para tratar el complejísimo asunto – problema que voluntariamente seleccioné, desarrollaré su exposición de la forma más sistemática posible al dividirla ordenadamente en los siguientes aspectos. En primer lugar, se presentarán pocos y superficiales trazos biográficos del Maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa; luego, se seguirá con el destacamiento de ciertas ideas en torno a la tesis del “Humanismo Democrático” como brújula filosófica del discurso educativo prietofiguereano; después presentaremos el planteamiento general del problema de la Lectofobia y las reflexiones de Prieto Figueroa sobre el valor del libro y la importancia de la lectura en la formación integral de todos, y, por último, el papel de la función de Extensión Universitaria frente al reto de superar sensiblemente el fenómeno socio – escolar objeto de revisión.

En efecto, con vuestra anuencia así procedo.

I. Una nota biográfica sinóptica del Maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa.

La figura prominente del Dr. Prieto Figueroa, homenajeado de excepción en este evento que hoy nos reúne, es de muchos conocida. A riesgo de redundar en detalles de los que ya se tienen dominio, el singular venezolano margariteño nació el 14 de Marzo de 1902, en la Asunción, capital del Estado Nueva Esparta. Muere en Caracas el 22 de Abril de 1993. En su devenir vital dejó huellas perennes de militancia en la práctica de la idoneidad y probidad en sus múltiples, variados quehaceres en tanto educador, dirigente gremial, dirigente político, hombre de Estado, escritor en prosa y verso. En todos y cada uno de tales quehaceres alcanzó a fundir con armónico equilibrio y potencia el pensador y el realizador, porque en él anduvieron juntos en una marcha de grandeza el analista culto y el líder inobjetable, en sí, el humanista y el educador político.

Sí. Tal simbiosis existencial estuvo presente en toda su vida. Desde el Maestro de Escuela Primaria que se inició un lejano día de 1920, que fundó con la colaboración de otros prominentes maestros de la época (1932), la Sociedad Venezolana de Maestros de Instrucción Primaria. Después como profesor en varios liceos y colegios de Caracas y de las Escuelas Normales, que convierte a la anterior Sociedad de Maestros en la Federación Venezolana de Maestros (1936), pasando por profesor de la Universidad Central de Venezuela (UCV) y como profesor co-fundador del Instituto Pedagógico Nacional (hoy Instituto Universitario Pedagógico de Caracas), que participa a su vez como líder de los Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), Partido Democrático Nacional (PDN) y luego de Acción Democrática (AD), para posteriormente ocupar el cargo de Ministro de Educación Nacional, dentro de la Junta Revolucionaria que gobernó al país desde Octubre de 1945 hasta Febrero de 1948, en cuya Junta también se desempeñó como su Secretario General. Prosiguiendo, en el exilio, como Profesor de Educación Superior de la Universidad de la Habana, en la de Costa Rica y en la Escuela Superior del Profesorado de Honduras. Así como, en estos dos últimos países, Jefe de la Misión de Asistencia Técnica de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), para la América Latina. Todo esto conjugado con su destacada labor en la “Resistencia” a la dictadura del General Marcos Pérez Jiménez, para, derrotada ésta, prolongar aún más su ya dilatada labor de humanista, educador y político. Ahora como dirigente fundamental de AD (Presidente, Vice-presidente y Secretario General), como Diputado y Senador de la República (Presidente de ambas Cámaras Legislativas y como Presidente de la Comisión de Educación de la Cámara del Senado), y, luego, como fundador del MEP (Movimiento Electoral del Pueblo), del cual fue su candidato a la Presidencia de la República. Todo ello, junto a la labor de “educador Líder”, a través de su verbo y ejemplo concreto, y con su obra de escritor prolífico y sistemático de su teórica, que se inició en 1934 con la publicación de sus primogénitas obras “La Adolescencia, Problema Psicopedagógico” y “Delincuencia Precoz”. Hasta lograr un total de cincuenta títulos editados, reeditados y reimpresos, aproximadamente.

Sería, aquí, largo y por encima de mis modestas capacidades, seguir intentando levantar en grandes trazos el perfil de uno de los humanistas venezolanos más destacados del recién finalizado siglo XX, a través de la inestimable serie de características éticas, políticas e intelectuales que decoraron la existencia de 91 años de este prohombre, sin correr el riesgo de quedar muy lejos de hacer justicia en el propósito de poner en alto relieve su vida y obra paradigmáticas en las que han primado una comunión entre las “ideas puestas en el viento” y la acción cívico-política de todos los días. Comunión que lo dotó de plena autoridad para pensar, escribir, hablar y orientar una de las cuestiones que como Don Luis Beltrán Prieto Figueroa pocos conocen en el país: la cuestión educativa y escolar en el contexto de la historia y geografía desgarradas de Venezuela por el vejamen de propios y extraños en procura de saciar hasta el hartazgo los intereses personales y/o grupales más innobles.

II. El “humanismo democrático” como filosofía educativa en el discurso prietofiguereano.

Frente a las interpretaciones y exposiciones que a lo largo de los últimos años el industrialismo capitalista ha sometido a la educación y sus fines, generando un mar de confusiones, contradicciones y desviaciones, tanto desde el punto de vista teórico como desde el práctico, Prieto Figueroa se esforzó por rescatar el “fin formativo y humano”, en tanto el fin rector de cualquier proceso educativo que se precie en su más genuina autenticidad, para tratar de librarlo de las escuetas o simuladas deformaciones con que lo han presentado los ostentadores del poder político y económico dominante.

De la constante, coherente y lúcida polémica sostenida desde la cuarta hasta la novena década del siglo próximo pasado, pudo derivar el gran pensador insular, como “raíz del humanismo democrático”, lo que él mismo rotuló, por una parte, como “humanización de los estudios”, y, por otra, como *humanización democrática de la educación*. Como alternativas que eximirían al sistema educativo, en cuanto a la *humanización de los estudios*, de formar a los “pocos” como recursos humanos “sin ciencia ni conciencia, sin un sentido de sus valores como hombres”, a través de privilegiar la “preparación técnica” o “saber especializado”, en detrimento de la “cultura general” o “formación espiritual” requerida.

Por ello, ante tan anómala circunstancia, Prieto Figueroa se apresta para dejar puntualizado que “la educación, en todos sus ciclos, tiene un fin formativo”. Fin que será atendido, en buena medida, mediante la recomposición del equilibrio perdido en lo que respecta a favorecer en “todos” tanto el saber científico – técnico, como el saber general – humanístico.

Este equilibrio es lo que el mismo Prieto Figueroa consideró como la fórmula de satisfacer la preocupación de *formar en los seres humanos el ser humano en todos*, con atención de las diferencias individuales. Fórmula que deberá actuar como reguladora de toda praxis educativa auténtica y como expresión del nuevo humanismo que se requiere: El Humanismo Democrático.

Hay una serie de textos del Maestro Prieto Figueroa que se hallan como hilo conductor o “hilo de Ariadna” a lo largo de su obra y que evidencian de una manera los motivos y la orientación de la *formación integral equilibrada con sentido democrático*, a partir del segundo lustro de los años cuarenta. Dada la importancia que revisten, transcribiremos a continuación algunos de ellos:

1. En el proyecto de Ley Orgánica de Educación Nacional de 1948, presentado por Luis Beltrán Prieto Figueroa en su condición de Ministro de Educación Nacional, se precisa como objetivo fundamental de la educación, inspirado, en el “Humanismo Democrático, el descrito en el “Artículo 2, del Capítulo I Disposiciones Generales”, que reza que:

“La educación tiene por objeto **lograr el desarrollo armonioso de la personalidad**, formar ciudadanos aptos para la vida y para el ejercicio de la democracia, fortalecer los sentimientos de la nacionalidad, acrecentar el espíritu de solidaridad humana y **fomentar la cultura**. En su contenido y realizaciones de carácter económico-social, se orienta preferentemente hacia la valoración del trabajo y como ser cívico fundamental, el aprovechamiento de nuestras riquezas naturales y el desarrollo de la capacidad productora de la nación” (L. B. Prieto F. Apéndice. Ley Orgánica de Educación Nacional 1948. En: De una Educación de Castas a una Educación de Masas. 1951: 221. Negritas nuestras).

Esta educación integral y equilibrada era extensiva a la totalidad de los hombres del país que lo pudiesen asumir de acuerdo con sus aptitudes, como se deriva del espíritu y la letra del Artículo 3, de la ley en revisión. A saber:

“La educación primaria es obligatoria para *todos los habitantes de la república*.

La educación moral y cívica, la educación física y la práctica de actividades educativas directamente relacionadas con la producción nacional son también obligatorias” (Ibidem. p. 221).

2. En “Los Fines de la Educación del Humanismo Renacentista”, dice Prieto Figueroa, en torno al peligro de la especialización exagerada a la cual induce el ciego culto a la eficiencia, que:

“En el proyecto de ley que presentamos al Congreso Nacional, en 1948, asignamos como fines del humanismo democrático: 1) formación del hombre en la plenitud de sus atributos físicos y morales, ubicados perfectamente como factor positivo del trabajo de comunidad; 2) capacitación para la defensa del sistema democrático dentro del cual tienen urgencia y son garantizados los derechos civiles y políticos esenciales a la personalidad humana; 3) capacitación para el trabajo productor mediante el dominio de las técnicas reclamadas por el desarrollo técnico de la época” (L. B. Prieto F. Principios Generales de la Educación. 1985: 64).

3. En “A Una Manera de Introducción. Una Educación para América Latina”, como reacción de Prieto Figueroa ante el otro peligro que representa el excesivo intelectualismo en los estudios, leemos de corrido:

“... se trataría de formar un hombre que no fuese como los productos del **humanismo clásico**, un ser con la mirada fija en el pasado, lleno de teoría, de principios sin aplicarlos al que hacer contemporáneo, ni la formación de un técnico deshumanizado, incapaz de comprender el ligamen de solidaridad entre los hombres que trabajan juntos para alcanzar el progreso, no para el beneficio individual solamente sino para el beneficio de todos.

Si solamente el **humanismo democrático** proporcionara los técnicos del quehacer contemporáneo ello no sería suficiente para **formar integralmente a un hombre para la vida de relación**. Formar el técnico implica también **formar una personalidad para el servicio (...)**” (L. B. Prieto Figueroa. El Estado y la Educación en América Latina. 1990: 164. Negritas nuestras).

Ante lo que hemos destacado frente a los documentos citados no puede sorprendernos, entonces, la tesis sustentada por el Maestro Prieto Figueroa en el sentido de que el “viejo” humanismo, el *humanismo clásico o burgues*, donde la formación es unilateral que se expresa en el desarrollo intelectual – espiritual, pero sólo en los pocos elegidos no por ser los mejores sino por ser los que pueden por sus condiciones privilegiadas de existencia (lo que estamos denominando como *humanización aristocrática de la educación*), es lo contrario del “nuevo” humanismo, del *humanismo democrático*, por implicar no sólo la formación omnilateral equilibrada, intelectual – técnica (*humanización de la educación*), sino porque era para todos los hombres y mujeres sin distinciones de clase, de raza, de edad o de credo religioso o político, alguno (“Humanización Democrática de la Educación”, Prieto Figueroa, dixit).

Es lo que queda al trasluz en la polémica que se consumó entre los ex ministros de educación Dr. Arturo Uslar Pietri, en tanto proponente de la Ley de Educación Nacional de 1940, bajo el gobierno del General Isaías Medina Angarita, y el Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa como proponente de la Ley de Educación Nacional de 1948, bajo el efímero gobierno del escritor Don Rómulo Gallegos. Tal como queda demostrado sin ambages en el párrafo que en acto seguido leeremos in extenso:

“Lo que a éste preocupa no era precisamente la flexibilidad de la ley (...), **sino el sentido y alcance de sus principios, su orientación democrática dirigida a fomentar una cultura de masas** y más que esto, que con un instrumento de tal naturaleza, un gobierno progresista como el nuestro iba a poner de manifiesto, lo que estaba poniendo, la ineptitud de los

gobiernos anteriores, su falta de visión, el abandono en que habían mantenido la educación. **Por ello declara uslar pietri, angustiado frente a un fenómeno inminente de ascenso cultural de las masas, que la educación venezolana lo que precisa no eran principios, ni nueva organización, ni orientación diferente, que para él son pamplinas, sino de continuidad, de respeto a la tradición:** es decir, respeto a la ineficacia, a la desorganización, a la desorientación a las cuales contribuyó. Efectivamente, la tradición que encontraremos y contra la cual había luchado democráticamente el magisterio venezolano, tradición que Uslar conocía muy bien, fue **medio millón de niños sin escuela** y a lo cual se refirió en su última memoria para decir que la nación no estaba en capacidad de resolver ese problema; esa tradición comprendía escuelas sin asientos, niños depauperados, maestros con sueldos de hambre y sin derecho de ninguna clase y **un millón trescientos mil adultos analfabetos**. Nosotros teníamos que romper con esa tradición y la rompimos. **Esta continuidad de la incultura de las masas debía destruirla un gobierno democrático como el nuestro preocupado por el provenir de Venezuela**” (L. B. Prieto F. De Una Educación de Castas a Una Educación de Masas. 1951: 103. Negritas nuestras).

Como podemos ver el cuerpo de las consideraciones presentadas está muy vinculado con el tercer aspecto que se debe desarrollar en este trabajo. Así pues que vamos a revisar más de cerca las reflexiones tanto de Prieto Figueroa como de otros estudiosos del asunto relativo al valor del libro y de la lectura, en un momento en el cual si bien se ha limado significativamente el pico indigno que había alcanzado el índice de analfabetos en el país, hoy preocupantemente se propaga cual pandemia alguna, el trastorno cultural de la Lectofobia. Revisión ésta con la cual estamos cubriendo el tema meollo de esta ponencia.

III. Reflexiones prietofiguereanas y otras para el análisis y superación de un complejo problema escolar y social: la Lectofobia

III.1 Un bosquejo general del problema de la Lectofobia.

Ya ustedes más que otros se habrán informado o habrán indagado con rigurosidad y con clara y firme conciencia de que padecemos el grave problema de que cada día hay menos y mejores lectores. Sin pecar de pesimistas y exagerados impenitentes, sólo palpando la irrefutable realidad, debemos reconocer que el universo de lectores y mucho más el de los “buenos lectores”, se reduce sensible e irrefrenablemente. Los porcentajes de lectores han ido mermando en relación directa con el aumento de la población. De estos porcentajes muchos apenas leen el periódico esporádicamente y los más amarillistas, deportivos y faranduleros, junto al best-seller o el libro polémico y hasta escandaloso en torno al “Chismorreos social” y/o político del momento. Así, esta capa de población es y se hace cada vez mayor a la de los lectores de los libros de calidad, de importancia humanística, científica y artística, en virtud del pensamiento que contienen y de la manera cuidadosa en que es expresado. Por lo que los “Pseudolectores”, como los califica el laureado poeta y ensayista Rafael Cadenas, en su archiconsultado libro intitulado “En Torno al Lenguaje” (1985), “seguramente estarán condenados durante toda su vida a leer esa clase de publicaciones creyendo que leen literatura” (Idem: 63). En consecuencia, “se habrán privado de la experiencia de saborear un buen libro. Ignorando siempre que no todos los que presentan la apariencia de libro lo son” (Idem). He ignorándose, a su vez, que la calidad de los libros y de su lectura constituye un pre y co-determinante, en buena medida, de la calidad de la formación integral a adquirirse de parte de todos y cada uno.

Esta última indicación no nos debe inducir a caer, según Prieto Figueroa, “en la exageración de Vico, quien decía: ‘Somos lo que leemos’, porque ello supone una excesiva confianza en el valor formativo de la lectura, sin dar cabida a otra clase de experiencias, pues si bien es cierto que el libro y la lectura se han difundido mucho, poco más de la mitad del mundo no puede disfrutar de las delicias de la lectura, y en América hay setenta millones de analfabetos. No somos, en realidad, lo que leemos, sino eso y algo más (...)” (L. B. Prieto Figueroa. La Magia de los Libros. 5^{ta} Edición. 1982: 50).

Pero al mismo tiempo el cuadro de la existencia prevaleciente de “pseudolectores” se nos hace mayormente desalentador, ya que entre nosotros conviven al lado de éstos otros más patéticos aún, como lo son los “Lectofóbicos”. Es decir, *aquellos a quienes les sobreviene por circunstancias determinadas una aversión irracional, obsesiva y angustiante por la lectura de cualquier calidad. Es el caso de los que habiéndose alfabetizado adecuadamente no acrecenta la habilidad lectora, ni siente ningún deseo o goce por la lectura.*

He aquí un fenómeno claro de desconocimiento por muchos del valor de leer, leer y de más y mejor leer, en la responsabilidad de aprender a vivir y a no sólo existir. Tal como se da a entender en el pensamiento con el cual el Maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa cierra el discurso de la conferencia dictada en ocasión de la Primera Feria del Libro en Costa Rica, en el ya lejano año de 1955, intitulada “La Magia de los Libros”.

“vivir, sin duda, es más importante que leer, pero leer ayuda a vivir en plenitud, contribuye a hacer la vida más hermosa, más amplia, más generosa. Leer es también una forma de vivir, cuando de las lecturas extraemos las ideas que auxilian nuestra acción y que, enriqueciendo nuestra experiencia, la hacen más eficaz y más valiosa:

Es necesario decir a los jóvenes que precisan vivir, vivir a plenitud la época en que han nacido, pero sin olvidar que en los libros se encuentran ideas para una vida más rica y más llena de contenido humano. “ (ob.cit: 58).

Luce conveniente antes de continuar con las reflexiones sobre la Lectofobia, dejar precisado el hecho de que en adelante ellas estarán soportadas fundamentalmente en las expuestas por Prieto Figueroa en tan aún pertinente conferencia de aquella ocasión ya remota. Y, de esa manera, arrojar el mayor haz en el esclarecimiento de lo que nos debe resultar bastante absurdo, contradictorio y paradójico al constatarse el papel contraproducente jugado por la escuela y la familia en dar pábulo a la “aversión irracional, obsesiva y angustiante por la lectura de cualquier calidad”. En una sola expresión, a la Lectofobia.

III.2 El mundo de existencia cultural de la escuela en el condicionamiento de la lectofobia.

Pero lo que nos debe llamar mucho la atención y más a la preocupación, es que entre las circunstancias determinadas en el surgimiento y expansión de este singular fenómeno cultural, se identifica la participación del “educador”, en minúscula y entrecomillas, que al ser o bien un “pseudolector” o bien, peor aún, un “lectofóbico”, contraviene su función fundamental de ser favorecedor del crecimiento y desarrollo de todo el que sea puesto bajo su tutela académica. De esta manera, por demás un acto opuesto a los altos fines con que se ejecuta, el educador deviene en un “agente didactogénico”. En aquél cuyo desempeño, como lo explico en mis libros “Una Docencia Enjuiciada: La Docencia Superior” (2002: 33) y “El Humanismo en el Discurso Educativo Prietofiguereano” (2007: 249), es más bien perturbador del desarrollo biopsicosocial de los que han sido puestos bajo su responsabilidad académica. Esta realidad da lugar a una operación que impide a todos los participantes la satisfacción plena de sus intereses, necesidades y expectativas. En fin, es cuando no se alcanza la superación en el educando mediante el esfuerzo, por la intervención frustrante del docente.

Nada puede expresar mejor esta circunstancia, puesta bajo tupidos mantos de silencios cómplices, como las justipalabras del fundador de la Federación Venezolana de Maestros (FVM), cuando al hablar sobre el despertar la afición por la lectura, nos dice que es mucho lo que podrá hacerse “siempre que el maestro también sienta preocupación por la lectura. Porque si éste se muestra displicente frente al libro, si no lee con asiduidad, con fervor apasionado, no estará en capacidad de difundir en sus alumnos esta afición maravillosa. Pudiera pensarse que no es posible concebir maestros que no lean y sin embargo, los hay. Las causas son múltiples y su análisis determinaría las atenuaciones de esta forma de conducta,

pero el hecho es el menos prometedor para la formación del asiduo lector, de amigos de los libros” (ob. cit.: 27).

Sería preciso, entonces, para ser más claros y completos sobre lo expuesto, destacar entre las causas las que en los renglones seguidos explicitaremos según criterios y voces prietofiguereanos:

1. Cuando se trata de que los estudiantes conozcan y vivan América a través de los grandes libros “acaso encuentre en los profesores de literatura una objeción, que arranca de la costumbre educativa, según la cual el fundamento de la enseñanza es el ideal renacentista de retorno a la antigüedad clásica, como fuente única de perfección. De allí que hay que partir, según ellos, cronológicamente, para llegar remontando siglos, hasta lo que tenemos al alcance de la mano, próximo en el espacio y en el tiempo, y más próximo aún en las vibraciones de nuestro espíritu. (...).

Acaso los profesores de literatura piensan que así se forma el espíritu del buen lector. Pero lo que se logra con ello es despertar un santo horror a los libros (...). Y no es que piense que (los) grandes e inmortales libros no han de estar en los programas, sino que los jóvenes han de ir a éstos cuando ya su espíritu haya madurado para encontrar en ellos, mejor, para buscar en ellos las grades ideas que contienen” (ob.cit.: 45-46).

2. Cuando se trata de la selección de las lecturas para los estudiantes se olvida el “ligamen sentimental entre la tierra y el hombre que hace posible esa vinculación con la literatura de su pueblo”. Ante tal olvido Prieto Figueroa considera que “al revés de lo que prescriben algunos programas de enseñanza que comienzan señalando las grandes obras de la literatura clásica, alejadas del joven por los temas, situados en épocas remotas, y por el lenguaje, que es también expresión de otras preocupaciones, debe comenzarse por lo mejor de la literatura nacional (...).

Después de conocido lo mejor de la literatura nacional debe ensancharse a lo americano el ámbito geográfico para las lecturas, y pasar de allí a lo universal. Preferiblemente debería partirse de los contemporáneos para ir retrogradando en el tiempo. Creo que si hay valores formativos en la lectura deben estar cerca del sentimiento y de la emoción del joven”. (ob. cit.: 42-43).

3. Cuando se trata de la necesidad de estimular / motivar el “trabajo de lectura” en el aula hay la propensión, en muchos docentes, al uso del “libro texto” y no del establecimiento y uso adecuado de la “biblioteca escolar”. Esto, sabiéndose que “el texto, con el sistema informativo que impera en nuestras escuelas, cansa y fastidia, tanto más si se considera que muchos de esos textos no están adaptados ni a nuestro ambiente ni a la mentalidad de nuestros (escolares). En la escuela (...) el **texto único es fatal**, porque hace repetidores y lo que es peor, aleja al muchacho de los otros libros y de la biblioteca, **porque aburre al alumno y crea en éste un santo horror a los libros** (...)”. (ob.cit.: 67-68. Mayúsculas nuestras).

Al escoger y transcribir estos textos, es posible que se dé pie, de repente, a un gran desasosiego. No obstante, lo mayor a lamentar es que aún en nuestros días muchos docentes dificultan o llegan hasta casi imposibilitar el aprendizaje de la buena lectura y de la lectura buena, como también a desestimular el sumo placer por ambas lecturas. Y esto si es en extremo dañino y grave. Cuando tales docentes en semejante despropósito lesionan irreparablemente la instrumentación del idioma, de la palabra. Al límite pernicioso de resquebrajar la necesidad y la capacidad de comunicación que tiene el ser humano como algo vital, al no poder entender y no hacerse entender en lo superior esencial. Por no saber y poder exteriorizar su profunda interioridad hecha de sentimientos y pensamientos.

III.3 El mundo de la existencia cultural de la familia en el condicionamiento de la Lectofobia.

Resulta inobjetivo condenar solamente a la escuela en cualquiera de sus niveles. El problema también estriba en el empobrecimiento progresivo de la atmósfera cultural-intelectual del hogar al hacer depender la vida espiritual de la familia de la omnipresencia del televisor o de la “caja boba” o del “huésped enajenante” o del “maestro cara de vidrio”, como lo llaman conspicuos estudiosos de la materia. Tal desidia y negligencia se abonan cuando en la casa los padres o mayores encargados de la misma no se preocupan por crear y enriquecer una biblioteca con los libros buenos y bellos. Así, el centro de la casa serían los libros, la lectura y la conversación, enaltecedores. En consecuencia, con tal rehacer del centro de cada lar se estaría evitando la deshumanizante amenaza de que dejemos de ser la *naturaleza de palabra* que somos, por pasar a ser una nueva naturaleza que se constituye en base a imágenes sonoras. Como desgraciadamente está sucediendo, en la actualidad, por efecto de la “tevedicción” imperante. Ello, a razón de que la televisión a escala planetaria, con salvadas excepciones, según irrefutable apreciación del literato Juan Liscano, en su artículo periodístico “Lectura y Televisión” (El Nacional, 24 de Julio de 1985, A-41, Página Editorial),

“se advierte una proposición **insuficiente, sustitutiva, aconceptual y pasiva**. Acostumbra al desarrollo superficial del pensamiento, lo cual se pone en evidencia en los programas de opinión. Sustituye la realidad con un flujo de programas y de imágenes dispares, los cuales, por la diversidad de imágenes, sólo pueden ofrecer fragmentos de aquella, detalles insignificantes o impactantes pero nunca coherentes, como en el cine.

Las imágenes no mueven a pensar con imágenes como lo hace el primitivo, sino a ver imágenes inconexas, sin explicación de juicio crítico ni conceptualización alguna. Este flujo desorganizado de imágenes se percibe pasivamente, sin otra actividad que prender un botón y cambiar un canal. Esta reducción del espectador a simple receptáculo, esa pasividad intelectual, constituye para mí, uno de los factores más negativos de ese medio y en más de un caso desemboca en alelamiento y vacío mental” (Negritas del autor).

Advirtamos al respecto que uno de los efectos de tan lamentable situación es que este “Medio de Información de Masas” (según expresión de Antonio Pasquali), con tales contenidos y orientaciones deformantes de lo real natural – social – cultural, se ha erigido como el sucedáneo de la lectura formativa y recreativa, que sí favorece el desarrollo de un pensamiento sustantivo, crítico y creativo.

Es entonces, sin duda alguna, el peor desacierto encerrar el alma humana de los miembros del grupo familiar dentro del cuadro luminoso, bi o policromático y multifónico, del **Totem** moderno en que hoy hemos convertido al televisor.

Ahora bien, ¿qué podemos nosotros tomar de las reflexiones prietofiguerianas sobre la formación de la vocación lectora y del afecto hacia los libros y armar una estrategia para evitar en lo posible tal encierro alelador?.

La parcial solución a esta interrogante está en saber inferir y transferir del cuerpo del texto que a continuación se presenta con los trazos más destacables de la descripción que logra el Maestro Prieto Figueroa al referirse a sus vivencias en la prepubertad, en cuanto a la iniciación en la lectura en el ámbito familiar.

“Recuerdo con efusión los días de la pubertad. Certera en el timón, como gran timonel, dirigía mis **lecturas iniciales** mi tía Juanita, una hermana de mi madre, (...). Después de la merienda (...), nos sentábamos mis hermanas, las hijas de mi tía, otras sobrinas de ésta y yo, nueve en total, para **escuchar la diaria lectura**. No era muy amplia la **selección** que podía hacer mi tía (...), ella, con tino delicado, encontraba siempre **lo que pudiera interesarnos. Era una excelente lectora**. Sin una gran cultura, poseía una fina intuición de los grandes

maestros, no obstante que nunca ejerció como tal, a no ser con estas **iniciaciones en la lectura** para sus hijos y sobrinos.

(...) su formación elementalísima, la carencia de bibliotecas y librerías, limitaban en forma desconsiderada su **acopio de lecturas**. Pero todo lo suplía con gran talento. En las revistas y periódicos (...), **ella seleccionaba con cuidado**, en las páginas literarias, **las cosas que nos podían interesar. Suspendía la lectura para explicar o aclarar, para complementar.**

(...); **La lectura fluía armoniosa y nosotros oíamos con deleite. A ella atribuyo mi vocación de lector, y el haberme librado de la literatura truculenta**, que no forma parte de mis predilecciones. Han pasado muchos años desde aquellos **días de iniciación** y aún persiste en mí la **actitud de escuchar para aprender**, con mayor atención que cuando leo. A ella se lo debo. Los estímulos que me brindó aún perduran y han guiado **mi afecto por los libros** (...). Los cimientos habían sido puestos con material duradero” (ob.cit.: 34-36. Negritas nuestras).

Respecto a esta descripción, el punto culminante es destacar que, siguiendo tal vivencia del “Maestro de Maestros” Prieto Figueroa, es posible que nosotros podamos, si no hacer lo mismo, si instrumentar estratégicamente nuestra propia manera de vencer el propósito solapado de hacer de la familia de cada uno una atmosfera cultura, con el auxilio de la televisión y su demoníaco contenido, una fábrica de *Seudolectores* y, peor aún, de *Lectofóbicos*.

IV. Consideraciones sobre el papel de la universidad de cara al problema de la Lectofobia.

La celebración de la VIII Feria Universitaria del Libro ofrece una ocasión propicia para hacer algunas consideraciones sobre el papel de la universidad a través de la *función de extensión*, en tanto la *función síntesis* pero lamentablemente *inacabada*, frente a lo más heterogéneos y complejos problemas que afectan los niveles cualitativos de vida como, por ejemplo, el de la Lectofobia.

Destaquemos que para el funcionamiento de la Universidad es esencial la *función de extensión*. Ella será siempre fundamental en el quehacer universitario. Los distintos actores de la universidad, real o tendencialmente, son proclives a reconocerla como actividad implícita, aspecto integral y función vital de todo ese quehacer que permanentemente desarrolla. Ello, a partir de considerarse a la *extensión universitaria* como la *integradora de las funciones de docencia e investigación*, en cuanto respuestas universitarias necesarias pero no suficientes para la transformación de la realidad circundante como de la propia universidad.

En este sentido, en torno al problema de la Lectofobia, debe sentirse el imperativo de aceptarse y asumirse la *extensión universitaria* como la función cuya existencia y validez radicarían en que debe ser entendida como *un tiempo/espacio: de indagación (investigación: Determinar las causas, efectos y relaciones de los fenómenos y hechos bio - fisiológicos y socio – culturales presentes en la Lectofobia); de discusión (docencia: Encuentro para el diálogo abierto entre muchos en base a lo indagado en relación a la Lectofobia), y, de acción (extensión: Un camino entre otros para participar y hacer participar con conciencia crítica a la comunidad interna y externa en la detección, diagnóstico y solución del problema de la Lectofobia).*

De esta manera, dentro de tales parámetros conceptuales, la *función de extensión* debe fluir como la *función síntesis*, la *función práxica* (Teoría + Práctica) de la universidad de cara al fenómeno creciente de la Lectofobia.

Pero la situación que predomina en rededor a la conceptualización y asunción de la *función de extensión* es la caracterizada por la ambigüedad y confusión, afectando sensiblemente el “papel rector” de la universidad en la comunidad nacional, regional y local.

Situación, entonces, que ha condicionado que el problema universitario actual, en cuanto al no cumplimiento de su “misión social”, sea el de *hacer de la extensión la función inacabada*. Ya que, sin duda, por la razón de que la universidad ha estado parcial y circunstancialmente presente en los procesos de mejoramiento cualicuantitativo de lo económico – político y de lo cultural – educativo, ha dejado de incidir en los grados requeridos en la transformación del contexto vigente en nuestra sociedad y en la misma universidad.

Esta real situación expuesta nos lleva a pensar que una de las actividades importantes que puede atenuar el hecho de que la universidad sea cuestionada por no atender plena y permanentemente el cumplimiento de su *misión social*, es la de apoyar decidida y crecientemente en tanto *política institucional* la *divulgación* amplia y pluralista de los más acabados productos del quehacer intelectual de los autores consagrados o aún no, del pensamiento humanístico – artístico y científico – tecnológico, tanto de los que conviven en el regazo de la ingeniosa universidad, como de los que lo hacen fuera de ella. Se debe tratar, así, de constituir a la *divulgación*, a través de las publicaciones periódicas impresas (libros, revistas, folletos, periódicos, etc), en el singular generador de los *muchos y buenos materiales biblio-hemerográficos*, para las *muchas y buenas lecturas*.

Pero esto posible no sería del todo completo en sus efectos si no se acompaña con las estrategias de *difusión*, es decir, de aquellas que hagan viable y factible el propósito de hacer acceder a muchos a tales contenidos como fomento de la “práctica social de la lectura”, para la formación del “buen lector”. Estrategias como, por ejemplo y principalmente, las *ferias del libro*, como la que actualmente nos aprestamos a disfrutar, por ser las que nos “abren la puerta de entrada para un contacto más estrecho con el libro” (ob.cit.: 27). Pero a tal estrategia deben acompañarla otras, como establecer dentro y fuera del “campus” universitario librerías o puntos de venta de las publicaciones; habilitar “bibliotecas rodantes” o “bibliobuses”, y, para no ser extenso, brindárseles el apoyo financiero, material, humano y logístico a los estudiantes que, en procura de cumplir el requisito de grado relativo al *servicio comunitario* (según la letra y el espíritu de la **Ley de Servicio Comunitario del Estudiante de Educación Superior**, publicado en Gaceta Oficial N° 38. 272, del 14 de Septiembre de 2005), cubran las 120 horas de dedicación organizando y desarrollando “Concursos de lectoescritura” y “Clubs de lectores”, así como participando como alfabetizadores en convenio con la Misión Robinson. Pero, a su vez, todas estas estrategias deben ser acompañadas por la de carácter curricular obligatorio para todos los estudiantes como lo es la tocante a los *talleres de lecturas de formación profesional y de placer*, con importante carga crediticia. Talleres éstos en los cuales se pueden estimular y favorecer la realización de Trabajos de Grado sobre el asunto de la Lectofobia.

Sobre este terreno de consideraciones parece atinente, entonces, concluir que las estrategias indicadas deben conformarse como el tejido conjuntivo que posibilite la interrelación crítica y creadora, de apertura y enriquecimiento, por un lado, entre la Universidad y el entorno encarando a través de la *función acabada de la extensión* el problema socio – educativo de la lectofobia. Y, por otro, entre la *investigación*, la *docencia* y la *extensión*, en un pie de igualdad de importancia, mediante el estudio y procura de soluciones eficientes y efectivas al problema en cuestión. Por consiguiente, tales estrategias y otras propiciarán un estrechamiento de sus vínculos con la *actividad de investigación o heurística*, que se produce en el interior o exterior de la universidad, al propiciar y detectar los mejores resultados para la *divulgación y difusión intra y extra muros*, y, así crear y sumar un algo más de mayor valor al conocimiento ya existente en las distintas áreas de las ciencias sociales, humanas, y humanísticas y en las praxis sociales, en relación a la Lectofobia. Con la *actividad académica de docencia* al promover y dar a conocer por distintos medios escritos, pero fundamentalmente a través del libro y la revista, los logros de la indagación que aseguren la excelencia de los contenidos en los distintos programas de formación profesional, en específico, en los de las áreas de Educación, Literatura y Lenguas

Extranjeras, en el propósito definido del más eficiente aprendizaje al cual se llega al obtener y aplicar los conocimientos pertinentes a la comprensión y solución del problema crucial de la Lectofobia. Y un estrechamiento con la *función de extensión* al hacer posible el *vínculo dialógico universidad – sociedad en general*, por intermedio de tales estrategias. Ellos, como uno de los recursos a través del cual debe producirse la condición que permita que *la universidad aprenda a leer más y mejor con la comunidad y ésta, a su vez, aprenda a leer más y mejor con la universidad*.

Señoras y señores:

Este momento de cierre quiero hacerlo propicio para poder manifestar la obligación que tengo de solicitar a todos sin excepción, se me excuse plenamente por haber incurrido en el despropósito de haber faltado a la norma de la brevedad en la disertación para ocasiones como ésta, por no haber sabido controlar la emoción al tratar un tema – problema tan vital y cautivante como el respecto a la Lectofobia. Igualmente, para expresar mi vivo anhelo de que la VIII Feria Universitaria del Libro, convocada en justo homenaje a la egregia figura del Maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa, alcance el más completo éxito en todos los órdenes para bien de todos, universitarios o no. Afortunadamente el selecto Comité Organizador que se ha conformado para el evento, con la presencia activa y calificada de los profesores Luis Javier Hernández, Pedro Rivera Chávez, Elci Villegas, Omaira García, Silvana Cardozo, Elina Rojas y Miriam Vásquez, es la garantía más segura del éxito ha procurarse y les auguro que el esfuerzo colectivo desplegado y a desplegarse será recompensado con y por merecidas satisfacciones.

He leído.

Muchas Gracias.